

Alicanto

Por Sejo

Me tocaba la guardia de la medianoche, por eso pude verlo. El Alicanto, esa ave de la que todos los viejos pirquineros hablan, ese pájaro que brilla con luz propia cuando abre las alas en las noches del desierto.

Yo no podía creer lo que veía. Las alas abiertas le brillaban como oro al sol. Era un pájaro enorme, tan grande como un caballo, pero grueso como un gran toro.

Dicen que el Alicanto brilla porque se alimenta sólo de metales preciosos. Los pirquineros viejos aseguran que algunos de esos animales brillan dorado porque viven del oro, y que otros son plateados porque prefieren comer plata. Y, por eso, todo el mundo sabe que seguirlos a su guarida es ir a un derrotero seguro, ya sea una veta de plata o una de oro. Y éste brillaba dorado, así que ¡tenía que ser de oro la cosa!

Yo me sobé las manos. ¡Buen dar con la vida del pirquinero en el desierto!

Aparté las mantas con que me cubría, con todo el cuidado que pude, tratando de no hacer ni un ruido porque mis compañeros de la cuadrilla dormían y no tenía ningún interés en despertarlos. ¡Yo no sentía verdadero aprecio por ninguno de ellos! Eran pirquineros todos, tanto o peores personas que yo mismo: antiguos presidiarios, vagamundos y malentretenidos. Convengamos en que todos los que nos hacemos cateadores lo hacemos por desesperación, no por placer o por vocación. Es un oficio que atrae las malas juntas.

No, yo no iba a calentar el mate para que se lo tomaran otros. El derrotero sería mío solamente, ¡mío el tesoro del Alicanto! Menos boca, más nos toca.

Sin hacer ruido, agarré la brida de mi burra, le cargué mi equipaje y abandoné a mi cuadrilla sin pensármelo más. «Gallo que salta de la rueda no gana la pelea».

El Alicanto había desaparecido por el otro lado de la loma, pero su luz seguía allí; en la noche clara del desierto podría haberla visto a dos leguas de distancia. Me pregunté cómo nadie lo habría podido agarrar antes, si era tan fácil de seguir. Aunque –pensándolo mejor– con lo grande que es el desierto, incluso algo como esa ave tiene cancha más que suficiente como para perderse.

Mi burra andaba mañosa y no se dejaba guiar. No le gustaba la oscuridad, por mucho que la noche estuviese clara y el terreno fuese muy llano. ¡Ni un borracho se hubiese tropezado

allí, con tanta luz de luna, y lo dice alguien con experiencia en caminar borracho! Pero la burra no se dejaba convencer y dale con tironear, la malparida. Tirón acá y tirón más allá.

El ave era harto rápida, pero no tanto como para no poder seguirla. Era pesada y grande, así que no podía volar, como los suríes. Mantuvo el tranco así por más de una hora, según calculo, pero no le dejé escapar. ¡Soy perro terco, yo!

El brillo del Alicanto a veces se me desaparecía, pero lograba encontrarlo pronto y dale con la marcha. Ni sueño tenía yo, a esas alturas.

Fuimos subiendo por un cerro donde las piedras eran altas, pero dejaban buenos pasadizos entre ellas por los que podíamos pasar. El piso se fue volviendo más difícil y había que vigilar mejor los pasos que uno daba.

En eso, me dio por pensar en lo que haría si resultaba que el Alicanto no me llevaba a su veta. Recordé que alguien dijo una vez que el Alicanto no es pacífico, sino que es un animal encantado y que le gusta atraer a los pirquineros a lugares peligrosos. No me importaba: si resultaba ser así, ¡yo no le iba a dejar hacerme trampas! A la primera cosa que me hiciera desconfiar, le sacaba el fusil y le soltaba su buen balazo. Si no conseguía la veta, ¡algo me darían por la piel del pájaro ése!

De repente, en una curva del camino me encontré un cadáver. Colega mío debía haber sido el fulano, porque andaba con todos los aperos del pirquinero. Ya era solamente un pellejo, así que debía de haber muerto hacía mucho. Debajo de él, la tierra formaba una mancha oscura; de seguro el pobre diablo se había desangrado. Cuando me agaché para revisarlo, vi que tenía un brazo roto por completo: le faltaba del codo para abajo. Mala manera de acabar. Te cae encima una roca estando solo en el medio de la nada, te quedas atrapado, ¿quién te va a poder ayudar? Te desangras lento, por días.

¡Gajes del oficio!

Le dediqué una oración breve al pobre tipo y le puse algunas piedras encima. No soy muy de rezos, pero hay que tener un poco de cortesía. Pudo ser él tanto como pude ser yo, en este perro oficio de robarle las riquezas a la tierra.

Al poco de dejar atrás al colega llegamos a un sitio que me llamó la atención. Como ya rayaba el alba, pude ver que me había metido en un antiguo poblado de indios. Era de esos castillos que hacían los indios de acá, arriba de los cerros, tan escondidos que no te das cuenta de que están allí hasta que te metes dentro y de pronto te ves rodeado de muros, picas y puentes de piedra que cruzan sobre caminos estrechos. Son ciudades grandes,

muchas de ellas sin ningún daño, casi como nuevas, pero –vaya a saber uno por qué– ya nadie vive allí.

En ese sitio el Alicanto se me acabó desapareciendo, porque la luz del amanecer ocultaba el brillo de sus alas, pero, como ya había llegado hasta ahí, decidí que seguiría firme hasta encontrarlo.

Me fui adelantando por entre las calles de la ciudad de los indios, que eran unos corredores enormes, adoquinados con grandes piedras de río, y por todos lados había muros altos y escaleras de una calidad que rara vez se ve en nuestras ciudades.

Al final lo divisé, al Alicanto, encaramado sobre una especie de torre, en medio de la ciudad abandonada. Parecía estar dormido.

Entonces me cayó la teja. Yo estaba muy seguro de que allí donde el Alicanto me llevase habría oro en grandes cantidades, lo que no me había imaginado era que ese oro pudiese no ser una veta, sino un tesoro de los indios. Ahora, al ver que el Alicanto vivía en aquella ciudad abandonada, comencé a pensar en la posibilidad. ¡Mucho mejor! Ya no necesitaba al Alicanto, era obvio que ahora sólo me quedaba buscar un rato por allí para hallar el tesoro. Pero entonces pensé: «el animal éste es valioso, también. ¿Para qué desperdiciarlo? Si no encuentro el tesoro, al menos debiese quedarme con algo, ¿o no?».

Por supuesto, no tenía forma de capturarlo vivo, yo solo, así que tendría que cazarlo. Cargué mi fusil, bien callado, y calculé el tiro.

Estaba demasiado lejos. No es que el fusil no alcanzara, pero el bicho era grande y si la bala no le daba de lleno, escaparía. No soy tan bueno con el fusil, porque nunca practiqué demasiado. En la guerra me enseñaron a usarlo un poco, pero nunca se me dio tan bien y, de todas maneras, eso había sido hacía ya tiempo. Lo mío era el lazo, el caballo y, claro, el corvo. ¡En la pulgada de sangre no había quién me hiciera la pelea!

Debía acercarme al bicho ése. Necesitaba un tiro limpio.

Me fui con mucho sigilo, cuidando cada paso, acercándome de a poco por entre las piedras y las terrazas donde los indios había plantado sus huertas, vaya uno a saber cuántos siglos antes. Al poco de avanzar, me encontré con un barranco. Asomándome, calculé unas veinte varas de caída, a lo menos. Por allá abajo pasaba una acequia –seca, a esas alturas–, de las que construyen los indios para mover las cuatro gotas de agua que hay en estas tierras sedientas.

El otro lado del barranco estaba cerca, a tiro de piedra, pero yo no soy ninguna piedra y no veía cómo cruzar. ¿Cómo habría logrado llegar el Alicanto hasta allá? Yo ya le había visto moverse y no parecía ser capaz de saltar tanto.

Caminé un rato, rodeando el barranco, y al final logré dar con un puente, que era el único acceso a la torre. Era un arco de piedra muy estrecho, de poco más de una vara de ancho y sin seguridad alguna a los lados, como les gustaba construir a los indios.

Junto al puente, miré otra vez hacia abajo y confieso que me dio julepe, porque era hartoo hondo, pero las envaré y tiré de la rienda para obligar a la burra a que me siguiera.

Así fuimos cruzando el puente, de a poco y con mucho cuidado. Ya casi llegábamos al otro lado cuando, de repente, se me puso chúcaro la burra y hasta ahí no más avanzó, la condenada. Me fui a retarla y, en eso, voy y siento que algo se me acercaba muy rápido por el puente. Me di la vuelta. ¡Era el Alicanto, que se había despertado y se me venía encima!

Ahí, teniéndolo al lado, vi que era puro músculo y garras. Y miren la cosa horrible, ¡si el bicho no tenía ojos! ¡Nada! Era puro cuello y boca, una bocaza tan grande que yo creo que se habría podido tragar un melón entero de un solo tarascón. ¡O mi cabeza!

Me había buscado la sorpresa, el muy maldito, haciéndose el dormido hasta que me tuvo arrinconado.

No alcancé a descolgarme el fusil antes de que la feúra ésa me alcanzara. Me largó un picotazo, tan fuerte que llegué a saltar y mi burra se me encabritó. Alcancé a sacar la mano justo, porque si no lo hago me lleva el brazo hasta el codo.

Yo estaba todo enredado con mi arma, pero disparé igual. Tenía tan cerca al bicho que no había ni que apuntar. Pero, para rematarlas, mi burra me pegó en la espalda y el tiro se me desvió. Vi la cabeza sin ojos del monstruo echarse atrás, para morder. Dos picotazos me lanzó, el primero lo alcancé a esquivar, pero el segundo me enredó el poncho y, en vez de darme a mí, ¿no va y le da a mi burra?

Sentí un tirón en el brazo. ¡Me iba para atrás, me estaba cayendo del puente! ¡Era mi burra la que me arrastraba!

Caí y creo que me di una vuelta en el aire. Después sentí un golpe.

Estaba medio aturdido y no entendía por qué diantres el suelo estaba tan abajo, todavía. «¿No debiese estar yo allá abajo? ¿O es mi alma la que ya se va para los cielos?», pensé, pataleando en el aire.

No, no podía ser que me estuviese yendo al Cielo, ¡si ni confesado iba! Tenía que estar vivo, entonces.

Ahí recién la pillé, ¡estaba colgando del brazo! Miré para arriba y me asusté cuando vi lo que me había salvado: era la correa, que estaba agarrada de la cabeza de mi burra, y la burra estaba colgada cabeza abajo, enganchada vaya uno a saber de qué diablos. La pobre estaba espantada, y no es para culparla. Pataleaba como loca, no había cómo escapar, nos íbamos a ir los dos guarda abajo. Tal vez yo lograra sobrevivir al porrazo, pero el golpe –sí o sí– me iba a dejar como estropajo y eso, con o sin el Alicanto persiguiéndome, en medio del desierto significaba no salir de allí para contarla.

Pensé en el pobre diablo que había encontrado en el camino. Desangrado y sin brazo.

Traté de hacer fuerzas y trepar, pero no hubo caso. No tenía aguante como para eso. Mi brazo me dolía mucho y entonces pensé en que tal vez, con el tirón, me lo había quebrado.

Sentí el sonido de los picotazos del bicho: estaba tratando de morder a mi burra. Mi animal se puso a tirar coces como loca y sentí las gotas de su baba cayéndome sobre la cara.

No podía quedarme así. Colgando, así como estaba, me llevé la mano a la faja y saqué mi corvo. Traté de cortar la correa, pero era harto más firme de lo que yo había pensado y no se dejó.

«A la mierda con esto», me dije, y me levanté todo lo que pude, agarrándome de la correa. Con la uña de mi corvo me colgué de la brida y después, como pude, metí la hoja entre el pellejo del burro y la correa, para sacarla. Me dolía tanto que ya lloraba, pero seguí, no más. A esas alturas ya no me importaba nada, solamente quería salir. Tenía que ganarle un par de brazadas a la caída, descolgándome un poco por la rienda cortada. Caer desde ocho varas de altura es muy diferente a caer desde diez.

¡Con lo que no contaba era que, al cortar la brida, todo lo demás también se soltó! Ahí alcancé a duras penas a agarrarme de algo, pero se me soltó el corvo y me pegó en la cara. No me importó. Seguía vivo.

El arma sonó fuerte al golpear contra las piedras, por allá abajo. Mi burra chillaba y se retorció como enajenada.

–¡Para, tonta huevona, para!

Entonces caí otra vez, como saco de papas. Grité un rato y ya no me importó nada, ni el Alicanto ni nada. Así estuve un rato antes de calmarme. Todo molido, miré lo que había pasado.

Mi brazo izquierdo y mi pierna estaban muy mal.

La burra todavía colgaba sobre mí, cabeza abajo, con la cabeza ensangrentada y botando espumarajos de terror. Y, sobre ella, el Alicanto, abriendo sus alas brillantes, gritando al aire.

Mi fusil estaba a mi lado, porque mis bártulos se habían caído en cuanto mi burra se resbaló, pero la pólvora estaba desparramada por todos lados.

«Ya. Si quiero salir de acá, necesito tener al menos una bala, una sola bala». Apreté los dientes y arrojé un puñado miserable de pólvora y todas las balas que pudiese agarrar – que fueron solamente tres, pero eso igual es más que ninguna–. Armé malamente un atadito de papel con todo, tomé mi fusil y salí de allí, apenas, usando el arma de bastón.

Yo no podía parar de temblar, como pasa siempre que uno se pelea, pero no me detuve. Quería llorar y gritar, y dejarme caer al suelo y acabar con todo eso. Me acordé de mi casa en el sur y de mi hermano. Cada vez que tengo miedo me acuerdo de él.

Seguí un buen rato por la acequia, agarrándome de los muros. La piedra de las murallas era tan lisa que me hizo imaginar cómo habrían sido los indios muertos que las habían construido. Y, de repente, eso me hizo pensar: «Ave María, ¿no habrá sido el Alicanto el que los mató? ¿No habrá sido esa mala bestia la que los engañó como a mí para caerles encima?». Ahí me fue entrando el pánico. «Esta ciudad, este pukará, es una trampa mortal». Tarde había logrado darme cuenta.

Paré cuando encontré un portal con una cabeza de indio tallada arriba, que daba paso a una escalera estrecha que subía entre las piedras hacia la parte de adentro de la ciudad. No hacia el lado por donde yo había llegado: la escalera subía hacia la guarida del Alicanto.

Me senté. Estaba todo adolorido y ensangrentado, y tenía un cansancio de ésos que son como un derrumbe, pero yo no soy de los que se echan a morir. Y, como a las cosas feas hay que ponerles el hombro luego, me puse a armar un cartucho para cargar el fusil.

La pólvora no me iba a alcanzar para más de un tiro, así que decidí cargar las tres balas en lugar de una sola. Nunca lo había hecho así, pero pensé que serviría, como cuando cargábamos los cañones con metralla, en el ejército. En el peor de los casos, esa carga me reventaba en la cara y tal vez así no me daba cuenta cuando el Alicanto me comiera.

Comprobé que mi corvo estuviese a mano en mi faja, afirmé el fusil y me largué arriba. Las escaleras me llevaron a esa especie de terrazas con canaletas donde, en los tiempos de la antigüedad, cultivaban los indios. Es increíble lo grandes que son esas terrazas. Cuando uno las ve de lejos pareciera como si se pudiesen subir de un paso, pero de cerca es otro

cuento. Me trepé como pude a la más alta, me di la vuelta y lo divisé: el Alicanto saltaba de una roca a otra, como si oliese o tratase de escuchar mi presencia.

Sentí el miedo que me subía por el pecho y supe que, si me lo volvía a encontrar frente a frente, por mucho que tuviese tres balas en mi fusil, esa bestia tendría las de ganar.

Me fui alejando bien callado, rengueando, pero tratando de no hacer ni un solo ruido. Sali de las terrazas y me metí en los callejones de la parte más alta de la ciudad.

Detrás de mí sentí, de pronto, las patas de la criatura. Estaba cerca, escondida entre los callejones. ¡Me había encontrado!

«Tengo que esconderme. Mierda, mierda, mierda». Me metí por las calles, pero con el apuroforcé la herida y sentí, de repente, un dolor terrible en la pierna, que me quemó desde la punta del pie hasta la espalda. Me dejé caer.

El Alicanto asomó por el callejón.

Apunté, tratando de controlar mis manos y mi respiración, pero el fusil era muy pesado como para sostenerlo bien con la mano malherida, y las balas de ese carucho eran demasiado preciosas como para arriesgarme a fallar el tiro otra vez. Tenía que asegurar el disparo.

La bestia se quedó allí, quieta, como si me mirase. Demasiado lejos como para dispararle, demasiado cerca como para que yo pudiese dar media vuelta y escapar.

De repente, entendí lo que pasaba: el Alicanto sabía de las armas de fuego. ¡Las conocía! Sabía cómo funcionan y cómo evitarlas, ¡por eso me había tentado para hacerme salir del campamento! Me había llevado al sitio donde sabía que podía agarrarme con la guardia baja, para hacerme entrar a su trampa. ¡Bestia maldita!

Levanté una vez más mi fusil, llevándome la culata al hombro. No me sorprendió nada cuando el Alicanto, al verme hacerlo, se escapó por el callejón más cercano.

Grité, golpeé el suelo y pataleé, sin poder contenerme. Cuando por fin me calmé, traté de pensar. La primera cosa que se me venía a la mente era seguir huyendo, pero yo tenía claro que era un error. Incluso si lograba salir de ese pukará, tendría que atravesar el desierto sin agua ni comida, porque todo eso se había perdido con mi burra.

No, tenía que pelear.

Al decidirme, sentí que una rabia me iba ganando. Me gusta la rabia, porque te hace hacer las cosas. A algunas personas las deja ciegas, les hace hacer puras tonteras, pero a mí, desde que era potrillo, la rabia siempre me ha hecho ver las cosas más claro.

Dicho y hecho, me puse a buscar un sitio adecuado para plantarle cara a esa criatura. Al poco rato lo encontré: un pequeño rincón plano entre las rocas del cerro, una especie de terraza que debió haber sido algo como una torre de vigilancia de los indios, porque desde allí se podía ver todo el valle alrededor de la ciudad.

Elegí ese sitio porque tenía una sola entrada, que era una escalera estrecha y cerrada a ambos lados por murallas altas de roca. ¡Si el Alicanto se asomaba, no podría esquivar mi tiro! A mis espaldas, la pared se hacía más alta todavía, no menos de ocho varas de altura. Era el lugar justo para pelear.

Allí estuve por horas. El sol y el viento me dieron una sed terrible, y tenía hambre, porque no había probado bocado desde la noche anterior. La pierna se me había inflamado y el brazo me dolía, pero la rabia me hacía aguantarlo todo. «Alicanto del diablo, ya vas a ver. No debiste meterte conmigo, carajo».

Se ponía el sol ya cuando sentí los pasos, las patas que aplastaban las piedrecillas que yo había derramado por toda la escalera para alertarme. Apunté, apoyando el fusil sobre una gran piedra para no tener que hacerlo a pulso. La pared del pasillo reflejó el brillo dorado de las alas del Alicanto y vi que su cabeza asomaba por un instante.

Recién ahí me di cuenta de la otra luz que se movía detrás de mí. Una luz plateada. No era la luna, no podía ser: la luna estaba nueva.

Miré arriba, a la parte alta de las rocas, a ocho varas sobre mí. Contra el cielo del atardecer, las alas abiertas del otro Alicanto brillaban con luz propia.

Pero la luz de éste era plateada. Oro y plata pierden al hombre codicioso. ¡No lo sabré yo!